



# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

Esta es una historia de asesinatos. O quizá eso no sea del todo cierto. En el fondo, es una historia de amor.

*La furia* es una novela que se divide en cinco actos, como las tradicionales tragedias griegas, pero con el ingrediente central del misterio de puertas cerradas de la gran tradición inglesa y el final inesperado y sorprendente al que Michaelides tiene acostumbrados a sus lectores. La protagonista es Lana Farrar, una exestrella de cine, un icono de belleza y de la moda admirado durante años por todo el mundo. Desde que su marido Otto falleció, Lana vive recluida con Leo, su hijo adolescente de diecisiete años, en su mansión de Londres a pesar de ser una de las mujeres más famosas e influyentes del mundo. Solo se rodea de los amigos más íntimos y fieles, que conocen todos sus secretos y ella los suyos. O eso es lo que cree.

Cada año, Lana invita a su círculo selecto a escapar del clima inglés y pasar la Pascua en Aura, su idílica isla griega privada, un pequeño islote de lujo que fue un regalo de bodas de Otto y que está a menudo azotado por un poderoso viento que los locales llaman *to menós*, la furia. Un cuidador a tiempo completo, Nikos, vive en Aura todo el año y la mantiene perfecta para su dueña. Nikos es un antiguo pescador que ahora se dedica al cuidado de las plantas y de las infraestructuras de Aura. Ama desesperadamente a Lana y espera paciente sus visitas a la isla, adonde siempre va acompañada por su ama de llaves y asistente, Agathi, una mujer griega que lleva con ella desde que se casó con Otto y que parece estar hechizada por su personalidad. Agathi, como Nikos, haría cualquier cosa por Lana. En este viaje, Lana invita a Aura a Jason, su actual marido,

y a su mejor amiga, Kate, una actriz con la que compartió tablas en los inicios de su carrera. Descubrimos a lo largo de la novela que Kate y Jason mantienen una relación desde hace años e intentarán guardar su secreto hasta las últimas consecuencias. Al viaje se apunta a última hora el narrador de la historia, Elliot, otro amigo íntimo de Lana con un pasado misterioso y un secreto inconfesable, un narrador tramposo e imprevisible, que jugará con la mente del

lector y los espejismos que ofrece la isla hasta el mismísimo final.

Cuando la furia deja a los siete atrapados en Aura sin poder salir, las viejas amistades sacan a flote el odio, la envidia y el deseo de venganza guardados durante años y, de repente, alguien desaparece, iniciando un juego de encerronas y trampas, una batalla de ingenio llena de giros y sorpresas que desemboca en un final inolvidable, con ecos de Agatha Christie y guiños a *La paciente silenciosa*.

## PERSONAJES PRINCIPALES

### ELLIOT

El narrador de la novela es Elliot Chase, de 40 años, uno de los amigos más íntimos de Lana. Elliot tuvo una infancia infeliz, su padre era un maltratador y su madre era alcohólica, por ello decidió marcharse de casa muy joven y cambiar de nombre. Pronto se dio cuenta de que su gran amor era la actuación y se unió al mundo del teatro. Durante muchos años Elliot vivió con Barbara West, una novelista y guionista teatral mayor y famosa a la que servía como una especie de acompañante, mayordomo y las malas lenguas cuentan también como amante. Barbara a su muerte le dejó la mansión de Londres, pero nada más. Elliot decidió vengarse escribiendo una obra sobre su relación con ella, *Los derrotistas*, que enfadó a los admiradores de la escritora, pero le permitió a él ganar mucho dinero. Elliot también lleva toda su vida enamorado de Lana.

«Mi nombre completo, por cierto, es Elliot Chase. Me halaga pensar que tal vez no te sea desconocido... ¿Sueles ir al teatro? Aunque no te suene mi nombre, quizá hayas oído hablar de mi obra. ¿No la habrás visto, tal vez? *Los derrotistas* cosechó un gran éxito a ambos lados del Atlántico. Se representó en Broadway durante un año y medio y ganó varios premios. “Incluso me nominaron a un Tony”, declara con modestia.

No está mal para un dramaturgo primerizo, ¿eh? Desde luego, también se oyeron los inevitables comentarios insidiosos y viperinos, malintencionados rumores difundidos por una sorprendente cantidad de escritores amargados, mayores y con más renombre que yo, envidiosos del éxito instantáneo, tanto de crítica como de público, logrado por ese joven. Me acusaron de toda clase de barbaridades, que iban desde el plagio hasta el robo descarado. Supongo que es comprensible. Soy un blanco fácil. Es que, verás, durante muchos años viví con Barbara West, la novelista. Hasta su muerte. Al contrario que yo, Barbara no necesita presentación. Seguro que incluso la estudiaste en el colegio. Sus relatos breves siempre aparecen en los planes de estudio, y eso que, en mi poco compartida opinión, suele estar sobrevalorada. Barbara era muchos años mayor que yo cuando nos conocimos, y ya andaba mal de salud. Estuve con ella hasta el final. No la amaba, por si te lo estabas preguntando. Nuestra relación era más un trato de conveniencia que un asunto romántico. Yo era su acompañante, su sirviente, su chófer, su seguidor, su saco de boxeo. Una vez le pedí que se casara conmigo, pero me rechazó. Tampoco quiso aceptar que fuéramos pareja de hecho. De modo que no éramos ni amantes ni pareja; ni siquiera éramos amigos. No hacia el final, en todo caso.

Aun así, Barbara me dejó en herencia su casa. Una vieja mansión de Holland Park que se caía a pedazos. Era gigantesca y horrible, y no podía permitirme mantenerla, así que la vendí y, con lo que saqué, viví muy felizmente durante varios años. Lo que no me legó fueron los royalties de ninguno de sus éxitos de ventas editoriales, que me habrían supuesto seguridad económica de por vida. En lugar de eso, los repartió entre diferentes entidades benéficas y primos segundos de Nueva Escocia a los que apenas conocía. Ese desheredamiento por parte de Barbara fue su última demostración de rencor hacia mí en una relación que se caracterizó por sus pequeñas mezquindades. No pude perdonárselo. Por eso escribí esa obra basada en nuestra vida en común. Un acto de venganza, dirás. No soy un exaltado. Cuando me enfado, no me dejo llevar por la ira, sino que me siento, muy callado, muy quieto, armado con lápiz y papel..., y tramo mi resarcimiento con una precisión gélida. Esa obra le dio la estocada final: exhibía nuestra relación en forma de parodia, y con Barbara en el papel de la vieja chocha, vanidosa y ridícula que era. Entre tú y yo, reconozco que la furiosa indignación que provocó entre los fieles fans de Barbara de todo el mundo me supuso más placer incluso que el éxito comercial que tuvo. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto. Jamás olvidaré el día que mi obra se estrenó en el West End. Llevaba a Lana del brazo, porque esa noche habíamos salido juntos. Y, por un breve instante, sentí lo que debe de sentir un famoso. Los flashes de las cámaras, los aplausos atronadores, el público en pie para ovacionarte. Fue la noche más soberbia de mi vida. Últimamente la recuerdo a menudo, y sonrío». (p. 42-44)

**LANA FARRAR**

Lana Farrar tiene cuarenta años y sigue igual de guapa que cuando era muy joven. Tras una candidatura al Oscar, Lana se retiró del mundo del cine sin dar ninguna explicación, a pesar de que fue en su día una de las personas más famosas del mundo gracias a su carrera como actriz y al apoyo de su primer marido, Otto, un célebre productor de Hollywood. Sin embargo, desde la muerte prematura de él, Lana decidió dejar California y mudarse a Londres para llevar una vida tranquila lejos de las cámaras junto a su hijo Leo y a Jason, su segundo esposo. Muy pocos son los que conocen sus secretos y tienen acceso a su vida privada.

«Lana Farrar era una estrella de cine. Era una gran actriz. Saltó a la fama siendo muy joven, en aquellos tiempos en los que el estrellato todavía significaba algo, antes de que cualquiera que tuviera conexión a internet pudiera convertirse en un famoso. Muchos conocerán su nombre o habrán visto sus películas, sin duda. Hizo demasiadas para nombrarlas aquí. Si te pareces un poco a mí, les tendrás bastante cariño a un par de ellas. Pese a llevar retirada una década, aún gozaba de fama al inicio de nuestro relato, y es evidente que Lana Farrar será recordada hasta mucho después de que yo haya muerto y quede olvidado, como si jamás hubiera existido. Y con razón. Tal como Shakespeare escribió sobre Cleopatra, se ha ganado “un lugar en la historia”. A Lana la descubrió a los diecinueve años el legendario productor de Hollywood Otto Krantz, ganador de varios Oscar, con quien más adelante se casó. Hasta su muerte prematura, Otto empleó toda su influencia y su considerable energía en promocionar la carrera de Lana, e incluso concibió películas enteras con el único propósito de servir de vehículo de lucimiento del talento de su mujer. Aun así, Lana estaba destinada a ser una estrella, con Otto o sin él. No era solo que tuviera un rostro perfecto, la belleza pura y luminosa de un ángel de Botticelli —esos ojos de un azul insondable—, tampoco su porte o su forma de hablar, ni su famosa sonrisa. No; Lana poseía otra cualidad, algo intangible, un aire de semidiosa, algo mítico, mágico, que te impelía a no apartar la mirada, fascinado. En presencia de una belleza así, solo podías abandonarte a la contemplación. Participó en muchas películas cuando era muy joven, aunque, para ser sincero, daban la sensación de estar hechas un poco al tuntún. De todos modos, mientras que sus comedias románticas, en mi opinión, tenían muchos altibajos y sus películas de suspense pasaron sin pena ni gloria, al fin dio con el filón cuando interpretó su primera tragedia. Fue haciendo de Ofelia en una adaptación moderna de *Hamlet*, papel que le valió su primera nominación a los Oscar. A partir de ahí, sufrir con grandeza se convirtió en su especialidad. Melodramas o dramones lacrimógenos; los llamemos como los llamemos, en ellos Lana brillaba interpretando a cualquier protagonista romántica malhadada,

desde Ana Karénina hasta Juana de Arco. Nunca se quedaba con el chico, rara vez llegaba viva al final..., y la adorábamos por ello. Como imaginarás, hizo ganar una gran cantidad de dinero a muchísimas personas. Cumplidos los treinta y cinco, durante un par de años que resultaron económicamente catastróficos para la Paramount, los estudios se mantuvieron a flote gracias a los beneficios de uno de sus mayores éxitos. Por eso, una oleada de estupefacción recorrió la industria cuando, de la noche a la mañana, en la cúspide de su fama y su belleza, Lana anunció que se retiraba a la tierna edad de cuarenta años. El porqué de su decisión fue un misterio y estaba destinado a seguir siéndolo, ya que no ofreció explicación alguna. Ni entonces ni en los años posteriores. Lana nunca habló de ese tema en público. A mí sí me lo contó, sin embargo, una noche de invierno en Londres, mientras nos tomábamos un whisky junto al fuego y contemplábamos los copos de nieve amontonarse al otro lado de la ventana. Ella me explicó toda esa historia y yo le hablé de... Mierda. Y dale. Ya estoy colándome en la narración. Está visto que, pese a mis mejores intenciones, no consigo mantenerme al margen de la historia de Lana. Tal vez deba reconocer mi derrota, aceptar que los dos estamos inextricablemente unidos, entrelazados como un ovillo de hilo enmarañado, y que es imposible diferenciarnos o desenredarnos. De todos modos, aunque así sea, no entablaríamos amistad hasta más adelante. En este punto de la historia todavía no nos conocíamos. Por aquel entonces, yo vivía en Londres con Barbara West. Y Lana, por supuesto, estaba en Los Ángeles. Lana nació y se crio en California. Allí era donde vivía, trabajaba y rodaba la mayoría de sus películas. Sin embargo, cuando Otto murió y ella se retiró, decidió dejar Los Ángeles para empezar de cero en otro lugar. Pero ¿dónde? Fue Tennessee Williams quien dijo que, cuando te retiras del mundo del cine, no hay adónde ir..., a menos que te vayas a la luna. Lana no se fue a la luna, claro. En lugar de eso, se marchó a Inglaterra. Se trasladó a Londres con su hijo pequeño, Leo. Se compró una casa enorme en Mayfair, de seis plantas. No tenía intención de quedarse allí mucho tiempo, o en todo caso no para siempre; era un experimento temporal, un coqueteo con una nueva forma de vida mientras descubría qué hacer con el resto de sus días. El problema fue que, al dejar de verse definida por su absorbente carrera, Lana llegó a la incómoda conclusión de que no sabía quién era ni lo que quería hacer. Se sintió perdida, según me dijo. A quienes recordamos las películas de Lana Farrar nos cuesta imaginarla “perdida”. En la pantalla sufría mucho, pero con estoicismo, fortaleza interior y muchísimas agallas. Se enfrentaba a su destino sin pestañear siquiera y siempre luchaba hasta el final. Era todo lo que se esperaba de una heroína.

En la vida real, Lana no podía ser más diferente de su identidad cinematográfica. Al tratarla en un ambiente más íntimo, empezabas a atisbar a la persona que se ocultaba tras esa fachada: alguien más frágil y complicado. Una persona que tenía mucha menos confianza en sí misma. La mayoría de la gente no llegaba a ver a esa



otra Lana, pero, a medida que se desarrolle esta historia, tú y yo tendremos que estar ojo avizor, pues es ella quien guarda todos los secretos. (p. 19-22)

#### LA ISLA

El nombre de la isla es Aura, en honor a las diosas griegas de la brisa, pero allí soplan a menudo sobre todo los fuertes vientos del Egeo. Aura se encuentra no muy lejos en barco de la famosa isla de Mykonos, pero su entorno rocoso le confiere un aspecto remoto. Según la leyenda local, Aura ha estado encantada desde la época de los romanos. Los violentos vientos que se producen por la zona son llamados *to menós*, «la furia», por los lugareños, porque nacen de la nada y descargan su energía sobre la zona. Cuando la furia arrecia en la isla, Aura se queda completamente incomunicada.

Aunque la isla es ficticia, el entorno descrito por Michaelides es sin duda el de las islas Cícladas y resulta encantador a la par que siniestro. En Aura hay una atmósfera arcaica, tiene un antiguo anfiteatro griego en el centro del pequeño bosque que la habita y una presencia invisible que parece acechar a los animales y dejar las cosas constantemente fuera de lugar. Es un lugar del que nadie puede huir, pero al que todos quieren volver.

«Esta es la crónica de un asesinato. Aunque quizá eso no sea del todo cierto. En el fondo se trata de una historia de amor, ¿verdad? La clase de historia de amor más triste de todas, la que habla del final del amor, de su muerte. De manera que supongo que ya lo había dicho bien al principio. Tal vez creas que sabes lo que ocurrió. Seguramente leíste algo sobre ello en su momento. A la prensa amarilla le encantó, no sé si lo recordarás. “La isla asesina” fue un titular muy sonado. Y no es de extrañar, en realidad, porque la historia contaba con los ingredientes perfectos para causar sensación: una antigua estrella del cine que llevaba una vida recluida, una isla privada griega aislada por el viento y, cómo no, un asesinato. Escribieron un montón de basura sobre esa noche. Toda clase de teorías descabelladas y erróneas sobre lo que pudo o no pudo haber pasado. Yo evité leer nada de todo ello. No me interesaban las especulaciones desinformadas sobre lo que debió de ocurrir en la isla. Sabía lo que había sucedido. Estuve allí. ¿Que quién soy yo? Pues soy el narrador de esta historia... y también uno de sus personajes. Éramos siete, en total, atrapados en la isla. Uno de nosotros era un asesino». (p. 15)

«La isla de Lana fue un regalo. Un obsequio de amor. Se la compró Otto por su boda. Un regalo ridículamente extravagante, cierto, pero eso era típico de Otto, por lo visto. Según cuentan, era todo un personaje. La isla estaba en Grecia, en la parte meridional del mar Egeo, y pertenecía a un extenso archipiélago



conocido como las Cícladas. Seguro que te suenan las más famosas, Mikonos y Santorini, pero la mayoría están deshabitadas... y son inhabitables. Hay unas cuantas de propiedad privada, como la que Otto le regaló a Lana. Lo cierto es que la isla no costó tanto como podrías pensar. Quedaba fuera del alcance de los sueños más descabellados de la mayoría de los mortales, por supuesto, pero, puesta en contexto —para lo que es una isla—, no había resultado tan cara ni de comprar ni de mantener. Para empezar, era minúscula. No llegaba a un centenar de hectáreas; poco más que una roca. Y, teniendo en cuenta que sus nuevos propietarios eran un productor cinematográfico de Hollywood y su musa, Otto y Lana tenían un servicio doméstico muy modesto. Solo contrataron a un empleado a tiempo completo, un guarda que era toda una historia en sí mismo, una anécdota que a Otto le encantaba contar deleitándose, como era su costumbre, en la idiosincrasia griega. Estaba absolutamente cautivado por los lugareños. Y hay que reconocer que allí, lejos de la Grecia continental, la gente de las islas podía ser bastante excéntrica». (p. 32)

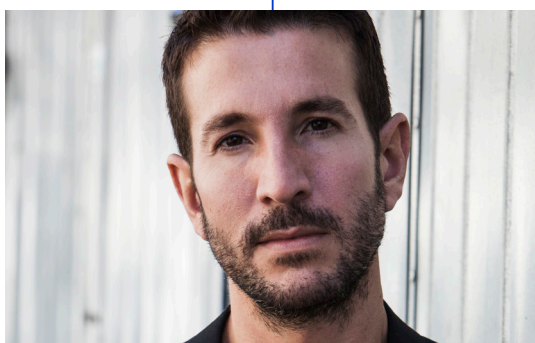
## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Elliot, el narrador, es un mentiroso compulsivo. ¿Confíasteis en él desde el principio?
2. ¿Sobre qué creéis que se basaba la amistad entre Elliot y Lana?
3. La ambientación de *Aura* es única, pero también tiene algo de siniestro. ¿Cómo habéis percibido la ambientación y sus energías?
4. Alex Michaelides suele sorprender a sus lectores con un giro muy inesperado. ¿Alguien intuyó lo que iba a pasar? ¿Por qué?
5. La novela se construye mucho sobre las relaciones de amistad adulta y las mentiras que nos contamos. ¿Creéis que las amistades de la edad adulta son más complicadas, o más fáciles que las de juventud?
6. Lana es una estrella del cine distante pero también frágil, aunque demuestra tener muchos más recursos a lo largo de la novela. ¿Sobre qué creéis que se basa su poder y el encanto que ejerce sobre los demás?
7. El mundo del cine y del teatro no sale muy bien parado en la novela. ¿Creéis que lo que transmite Michaelides tiene una base real?
8. La actuación en el libro es llevada al extremo. ¿Puede una actuación de ese nivel cambiar la vida o la opinión de alguien?

9. Finalmente Elliot paga un precio muy alto por su plan. ¿Se merece el castigo más que otros?
  
10. Si habéis leído *La paciente silenciosa*, ¿creéis que el autor podrá sacar otro libro con nuevas ramificaciones? Si es así, ¿cuáles?

## EL AUTOR

© Andrew Hayes-Watkins



**ALEX MICHAELIDES** (Chipre, 1977) estudió Literatura Inglesa y Psicoterapia. Trabajó en una unidad de seguridad para adultos jóvenes, experiencia que le proporcionó material e inspiración para *La paciente silenciosa* (Alfaguara Negra, 2019), su primera novela: un thriller traducido en cuarenta países, que cuenta ya con seis millones y medio de lectores en todo el mundo y cuyos derechos cinematográficos han sido comprados por la productora de

Brad Pitt; además, ha sido uno de los tres libros ganadores del Premio de los lectores de Goodreads, en el que votan casi cinco millones de personas. Tras *Las Doncellas* (Alfaguara Negra, 2021), que será adaptada como serie para la televisión, *La furia* es su última novela. Michaelides también ha sido guionista de películas como *Un robo inesperado*, protagonizada por Uma Thurman y Tim Roth, y ha colaborado con David Fincher.

## LA CRÍTICA HA DICHO

### SOBRE *LA FURIA*:

«Lo que distingue al libro es su estructura innovadora y la convincente voz de su narrador, Elliot Chase. Maravillosamente siniestro [...], nos guía [...] a través de esta impresionante y divertida historia de escapatorias, secretos y asesinatos».

*The Guardian*

«Deliciosamente enrevesada y diabólicamente inteligente. Una apasionante historia de subterfugios, secretos y asesinatos».

*The Observer*

«Infinitamente emocionante [...] No te la pierdas».

*Daily Mail*

«Con una trama muy ingeniosa que lleva a una conclusión de lo más teatral».

*Crime Time*

«Sin duda, *La furia* seguirá el ejemplo del primer libro de Michaelides, *La paciente silenciosa*, y se convertirá en un éxito de ventas».

*Press Association*

«Uno de esos raros libros en los que nada es lo que parece. Como de costumbre, Alex Michaelides no decepciona».

Ragnar Jónasson

«El rey de los narradores, con suficientes giros y sorpresas como para escribir dos novelas».

David Baldacci

«*El talento de Mr. Ripley* de nuestros tiempos».

Blake Crouch

«Una novela policíaca deslumbrante [...] se distingue por agregar una dosis de glamour e intriga del viejo Hollywood, algo apropiado para un autor que comenzó su carrera escribiendo guiones».

Bustle

«Glamuroso, siniestro e infinitamente sorprendente, *La furia* se lee como si Agatha Christie y Patricia Highsmith se hubieran ido juntas de vacaciones a Grecia y hubieran decidido escribir un libro mientras estaban allí».

Riley Sager

«*La furia* es una novela de misterio encantadora, tortuosa y con un ritmo perfecto que te enamorará. En una pequeña y privada isla griega, la mitología, la historia y el equipaje personal ponen a prueba a nuestro pequeño elenco. Intenso, cautivador y satisfactorio».

Becky Doherty, Northshire library, Nueva York.

